



EL CASO DEL SINDICATO AGRÍCOLA

III

El Sindicato Agrícola, no tiene realidad, decíamos en el n.º anterior. Desarrollaba su vida esta asociación, cumpliendo sus fines, con pujanza unas veces, con languidez otras, hasta que unos hombres, peregrinos de la inpopularidad, llegaron a sus puertas con todo el bagaje de pasiones que encendieron las ridículas odiseas de sus cruzadas por el campo de la política. Estos hombres que en plena apoteosis caciquil rodaron del pedestal, derribados por su mezquindad de ideas, y la fuerza negativa de la insignificancia, aguijoneados por una desmedida afición al poder, en cuyo ejercicio se desacreditaron, buscaron refugio en el Sindicato, en espera de ocasión propicia, para levantarse fuere como fuere, de entre el polvo de sus derrotas.

Llevaban estos hombres flagelada el alma, por la viva nostalgia de un caciquismo político que fugazmente gozaron, y henchida la voluntad, de engrimeos atezados por el fracaso y saturada de ansias de desquites, que no pudieron obtener en luchas de frente, en campo abierto a la luz del sol y a la justicia popular; y en tales disposiciones de ánimo, se inscrustaron como germen de descomposición y de revuelta, en el seno de una asociación meritísima, que mirando al bien público, representaba un esfuerzo de la patria por su regeneración, y un punto de confluencia de iniciativas y de impulsos generosos de buenos ciudadanos.

La alteza de espíritu de otros elementos, apartados siempre de todo estímulo de vanidad personal, y de todo empeño que pudiera traducirse en pujilatos y agitaciones estériles, hizo posible que se entronizaran en la cumbre de la Junta directiva estos hombres funestos, hambrientos de mando y ávidos de notoriedad; y luego un mal entendido escrúpulo de nobleza, y una cobarde resignación, para sufrir los atropellos autoritarios, los despotismos descarados, las polacadas sórdidas, los desplantes e injurias al Reglamento de la Asociación y a las prerrogativas y derechos de los socios, realizados por esa camarilla caciquil, llamada para escarnio del léxico legal, Junta directiva, que no había aprendido otra cosa, en el ejercicio del poder público, que a manejar el látigo, como instrumento de gobierno, fueron la causa del doloroso desastre social, y del fracaso definitivo de la Institución. Sucedió en ella, lo que a los pueblos decaídos y cobardes, que no sienten rabullir en su sangre el cálido latir de la Ciudadanía, y consistentes que sus derechos de hombres libres y los fueros de la conciencia y de la voluntad, sean jugo de vida del caciquismo político, reminiscencia de sociedades bárbaras, que viene a ser en la esfera del derecho, lo que la ténia, el parásito o el pulpo, en el orden de la naturaleza material de los seres orgánicos.

Merced a estas causas, el Sindicato Agrícola, que era santuario consagrado al fomento de la riqueza pública y al culto del patriotismo, quedó transformado, en centro de intrigas políticas, sumidero de rebeldías y disidencias de los partidos organizados y reconocidos, foco de discordias locales, y plataforma

de exhibición de los que no pudieron alcanzar por sus propios méritos, puestos visibles en la vida social y que se agruparon en facción dentro de ese organismo, bajo la apariencia de colectividad agraria, pero constituyendo en realidad un núcleo de pretendientes avaros del poder, capaces mañana si el caso llega, de disputarse encarnizadamente a espaldas del pueblo, el anhelado acceso a la Casa Consistorial.

Y así, el fin de la conveniencia pública, razón de existencia y esencia de vida de esa Institución, se ha convertido, en fines de particularismos y de política de facción, para cuyo logro no se repara en trabas de ningún género. Mirad a los hechos acaecidos en estos últimos tiempos, y decid si hay injusticia o error en la exposición, y encontrareis la enorme responsabilidad que todos con nuestro general y suicida apocamiento, hemos contraído con dejar crecer esos vicios y deformidades que mataron lamejor y más fecunda asociación que nació en este pueblo para reportarle grandeza y felicidad.

Prueba abundante nos dan esos hechos para justificar el trabajo que realizamos desde estas columnas, en busca de una saludable reacción de la conciencia pública, y con el legítimo deseo de convertir a la buena causa, al distinguido semanario madrileño «La Liga Agraria» que por estar distanciado de esta lamentable realidad, viene laborando inconscientemente contra los intereses agrarios de nuestro pueblo, representados en la cuestión de que se trata por unos buenos yeclanos, símbolos del patriotismo y del trabajo honrado, que supieron sostener con su esfuerzo personal y su espíritu mercantil, el comercio agrícola de Yecla, en medio de la honda crisis general que hace años la desangra y la arruina.

Y ahí están manando acusación y protesta, el acuerdo no lejano de esa pequeña oligarquía, ordenando la compra para domicilio de la Caja de Ahorros, de una casa inservible, que a pesar de pertenecer al actual Presidente por adquisición que de ella hizo en expediente de apremio por descubierta contribución, no se tuvo escrúpulo en hacerla objeto de esa compra, condenada ardorosamente y recurrida ante la superioridad por el Consejo de Administración de la Caja de Ahorros, y por el Cuerpo de Abogados de Beneficencia...

...Y el despotismo de esa Junta directiva, que se manifiesta, con asombro de las gentes, negando la convocatoria de Juntas generales, solicitadas una y otra vez, con sujeción al Reglamento para pedir a la directiva cuentas de su proceder, perjudicial y arbitrario; y los pleitos temerarios interpuestos por la Comisión administrativa de la Caja, secuela de aquella directiva, y sostenidos y apelados, contra el dictamen unánime de los Abogados de Beneficencia; y el silencio que ha guardado y guarda esa Junta que se muestra tan celosa y tan activa, cuando se trata de arrojar ignominia y deshonor sobre el nombre de Pascual García e Hijos, ante el hecho criminal públicamente conocido, de haberse vendido a los agricultores, guanos adulterados; y el reparto caprichoso de los asuntos judiciales, para favorecer a los secuaces; y las modificaciones del Consejo de Administración para crearse un Cuerpo consultivo adicto en previsión de acontecimientos; y la forma de

meter socios a granel, leva de sus partidos para triunfar en la elección de cargos; y el peligro que se esboza, de que la Caja de Ahorros y Monte de Piedad sea utilizada como instrumento electoral, profanando la santidad de la Institución benéfica, y defraudando la esperanza de los humildes que en ella encontraban la providencia de sus necesidades, y el paño de sus lágrimas.

Vamos pues entrando en materia. Como ella interesa tanto a la opinión pública, trataremos en artículos sucesivos de cada uno de los puntos que se indican, y con ello, habremos cumplido un deber de patriotismo, que ojalá redunde en beneficio de nuestro pueblo, sufrido y honrado.

Quando hayamos concluido la exposición y la crítica, se verá como el *Caso del Sindicato Agrícola*, no es otra cosa, que un caso de venganza personal y de injusticia notoria.

Julio Ros.

EL ANÓNIMO

Entre las variadas formas adoptadas para asegurar la impunidad de las acciones, ninguna hay tan imperfecta o innoble como el anónimo. Su potencia destructora solo es comparable con la de la alevosía. Esta al fin es una cualidad que al concurrir en un acto, lo califica con las más graves censuras de orden moral, mientras que aquel es la misma alevosía en acción, representada por un hecho determinado.

Su reprobación es unánime, absoluta; a todos inspira desprecio, aun a los que hayan de servirse de él, y no obstante esto, lo vemos empleado con harta frecuencia como si fuese un mal inevitable; por ello no será desacertado admitir que si la cobardía es una nota infamante de la naturaleza humana, el anónimo es su órgano adecuado de expresión.

Lejos de nuestro objeto se halla el que aspiremos a desentrañar lo que está suficientemente esclarecido por el común sentir, por lo cual nos limitamos a recordar algunas observaciones que, de puro vulgares, parecen ya olvidadas, y a explicarnos el porqué un hecho tan reprobado, lo vemos reiterarse a cada instante y se le celebra y hasta saborea con toda la fruición de lo ilícito.

El que escribe un anónimo teme a la ley o teme al hombre; obra como avergonzado de la mezquindad de su acción y parece que busca la sombra para verter la semilla de la maledicencia, del ridículo o del error; es el medio más seguro de apreciar los hechos arbitrariamente según el egoísta dictado de la propia conveniencia, y es también el modo más sencillo y seguro de saciar el desafecto con el manjar de la venganza personal. Y es bien triste considerar que de esta forma, se ha venido realizando la mayor parte de la labor cultu-

ral en nuestro pueblo, bien por medio del periódico, o ya empleando la hoja suelta; así nos hemos presentado a la opinión extraña, luciendo el anillo de hierro que simboliza nuestra pequeñez intelectual, según el simil feliz de Julio Hoyos.

Esgrimiendo un arma tan terrible como inofensiva para el que la maneja se desciende en el nivel de la propia y ajena estimación, e invirtiendo los términos de lo racional, a la crítica la hemos reemplazado con el escándalo, y a la acusación con la denuncia.

Oculto el escritor bajo el anónimo, escribe sin las trabas impuestas por el buen sentido; y en la seguridad de que no ha de alcanzarle personalmente la crítica pública, se deja arrastrar por la pasión y lo es indiferente que su pluma se inspire en un fondo insano y produzca un trabajo que las más de las veces es obra del despecho cuando no de la aberración del entendimiento.

Pero el éxito es seguro. Si se persigue el desprestigio o el ridículo de alguien por ejemplo, (pues el anónimo nunca discute las ideas, va solo contra las personas), aquel, por modesta que sea su categoría social, tal vez tenga frente a sí algunos intereses o se les niega ciertos afectos; publicada la ofensa, todos contribuyen directa o indirectamente a extender la maledicencia, y es de ver como hacen coro los perdidos y los indiferentes, porque si los unos se alegran del mal ajeno, a los otros les tiene este sin cuidado. Con todo, no quiere esto decir que la obra negativa y destructora del anónimo, sea tan absoluta, pues siempre se verifica una reacción contra el mismo condensada en la opinión general que lo reprueba.

En suma, el anónimo es sobre todo en los pueblos, donde cada cual viene a ocupar una posición casi automática, una de las mayores imperfecciones sociales, pues careciendo de la responsabilidad inseparable a toda obra humana, no merece ser considerado más que como el vehículo de la injuria.

Por el contrario, procediendo noblemente a la luz de la publicidad; sometiendo nuestros juicios y opiniones al público dictamen; viniendo de buen grado a rectificar nuestras obras si así lo impone el resultado de una discusión efectuada con alteza de miras; aceptando aquello que sea mejor y más perfecto, y sobre todo no eludiendo la responsabilidad de nuestros actos, es incalculable que elevaremos el nivel intelectual de nuestra población, y cuantos intervinamos en los diversos menesteres de la cosa pública, habremos de conseguir ser más sinceros e instruidos, y en vez de gastar tanta energía en hacer una política de campanario que ahora se pretende resucitar, debemos ir derechos al mejoramiento de los intereses locales como único objetivo digno de nuestro ideal.

Pascual Martínez.

